

NOTA SOBRE LOS ROSTROS DE LA PLEBE ROMANA¹

Resumen: Frente a la hostilidad de la mayoría de los autores antiguos y la indiferencia de muchos historiadores modernos, el estudio de la plebe romana durante la República exige hoy un planteamiento innovador. Junto a los aspectos políticos y sociales más tratados, distintos autores antiguos (poetas, biógrafos, anticuarios), nuevos acercamientos a la ciudad de Roma (con la *taberna* como elemento central de la sociabilidad plebeya) y diferentes temas (el ocio, la oralidad, la cultura y religiosidad populares) contribuyen a un conocimiento más completo de una realidad compleja y heterogénea.

Palabras clave: República romana, plebe romana, historia social, cultura popular, *taberna*.

Abstract: Against the hostility of most of the ancient authors and the lack of interest of many modern historians, the study of the Roman plebs in Republican Rome demands today a renewed approach. Besides well-known political and social aspects, different sources (poets, biographers, antiquarians), new perspectives about the city of Rome (with *taberna* as central element in the plebeian social life) and new subjects (spare time, orality, popular culture and religion) will help us gain new and deeper insight in this complex phenomenon.

Key words: Roman Republic, Roman plebs, social history, popular culture, *taberna*

I. EL ROSTRO DE LA MULTITUD

El estudio de los conflictos sociales es uno de los campos más interesantes de la investigación histórica. Como es lógico, son aquellos acontecimientos especialmente destacados y en particular las revoluciones, como culminación de procesos de enfrentamientos sociales (véanse la Revolución Francesa, la Revolución Rusa o la Revolución romana), los que han despertado un mayor interés en la comunidad historiográfica.

Sin embargo, este campo es también uno de los que presenta mayores dificultades, ya no sólo por problemas metodológicos habituales, como la mayor o menor disponibilidad de información, sino por los prejuicios presentes en la historiografía tradicional respecto al estudio de los grupos sociales distintos a las elites.

Una mayoría importante de los autores que, a lo largo de la historia, han abordado esos episodios y problemas parte de una actitud de profunda desconfianza y recelo, cuando no de abierto rechazo y condena tajante, hacia los grupos populares. La línea se puede trazar desde Marco Tulio Cicerón hasta Sir Ronald Syme, con muy ilustres nombres entre ambos.

¹ Mi primer contacto con Ignacio Barandiarán tuvo lugar en la Universidad de Zaragoza, a mediados de los años setenta, cuando él era Agregado de Historia Antigua y mi compañera Laura Sancho y yo, estudiantes, intentábamos dar nuestros primeros pasos en la especialidad de

Historia Antigua. Considero un privilegio poder participar, al cabo de más de treinta años, en un volumen de homenaje a su persona y su carrera académica.

Este trabajo se integra en el proyecto de investigación HUM 2004-02449 (D.G.U.I., M.E.C).

Si tomamos, por ejemplo, la Revolución Francesa, toda una corriente de interpretación, comenzando por Edmund Burke², califica a las masas revolucionarias, a los *sans-culottes*, de chusma, multitud descontrolada, populacho, «*canaille*». Por su parte, los historiadores favorables a la Revolución, a partir de Michelet, hablan de un pueblo en abstracto, al que parecen atribuir una personalidad propia, pero sin concretar demasiado sus perfiles. Precisamente es a partir de lo insatisfactorio de esos planteamientos, que el historiador George Rudé se planteó saber algo más concreto sobre esas masas revolucionarias y, a partir de mediados del siglo pasado, comenzó una línea de investigación que pretendía iluminar el rostro de esas multitudes, hasta entonces básicamente anónimas. Rudé, nos dice él mismo, se plantea responder de forma lo más concreta posible a cuestiones como «¿quiénes tomaron la Bastilla, asaltaron las Tullerías, expulsaron a los dirigentes girondinos de la Convención Nacional o permanecieron en silencio mientras conducían a Robespierre al cadalso?»³.

Rudé cuestiona la idea, muy extendida entre los historiadores académicos hasta mediados del siglo xx, de que las masas no tienen aspiraciones dignas que les sean propias y que son naturalmente venales. Esas ideas llevaban a analizar cualquier movimiento popular en clave de manipulación desde arriba, maniobra de los líderes externos, conspiración o, simplemente, como producto de la propia irracionalidad y violencia innata de las masas⁴.

Para ello se plantea un análisis más preciso de quiénes habían participado en las jornadas de la Revolución (Francesa). Ciertamente, cuenta para ello con una información que los historiadores de la Antigüedad no pueden sino envidiar. Por ejemplo, descubrió en los Archivos Nacionales de París una lista que proporcionaba los nombres, direcciones, edades, ocupaciones y unidades de milicia de todos y cada uno de los 600 civiles que se sabía habían participado activamente en el asalto a la Bastilla en julio de 1789.

En cualquier caso, independientemente de este estudio concreto, fundamental para nuestro conocimiento de la Revolución Francesa, es obligado destacar la importancia de este punto de inflexión desde el punto de vista de la historia social y del desarrollo de una historia «desde abajo»⁵. Rudé, miembro en su día del Grupo de Historiadores del Partido Comunista Británico, forma con colegas como Eric Hobsbawm, Christopher Hill, Edward P. Thompson, Victor Kiernan y otros, lo que se conoce como «los historiadores marxistas británicos», que constituye uno de los componentes fundamentales de la renovación historiográfica, en clave de historia social, durante la segunda mitad del siglo pasado.

No es casualidad que, en aquellos fecundos años sesenta y setenta, encontremos una eclosión de estudios de historia social, en particular de historiografía marxista, también en la relativa al mundo antiguo. Por otro lado, es entonces cuando aparece una magnífica síntesis sobre los conflictos sociales en la República romana, que algunos estudiosos recientes de la plebe romana no dudan en reconocer como una de sus inspiraciones y punto de partida de toda una línea de investigación posterior⁶.

² Vid. E. Burke, *Reflexiones sobre la Revolución en Francia*, Madrid 2003.

³ G. Rudé, «El rostro cambiante de la multitud», en Id., *El rostro de la multitud. Estudios sobre revolución, ideología y protesta popular*, ed. e introd. de H. J. Kaye, Instituto de Historia Social, Valencia 2003, p. 12 ss.

⁴ «La multitud preindustrial», en Id., *La multitud en la historia. Los disturbios populares en Francia e Inglaterra 1730-1848*, Siglo XXI, Madrid 1978 (New York 1964), p. 221 ss.

⁵ Sobre Rudé, *El rostro de la multitud* (vid *supra* n.4); H. J. Kaye, «George Rudé: All History Must Be Studied Afresh», en Id., *The Education of Desire. Marxists and the Writing of History*, New York-London 1992 (*La educación del deseo. Los marxistas y la escritura de la historia*, Madrid, Talasa, 2007).

⁶ Nos referimos a toda una serie de volúmenes, generalmente originales franceses o italianos, traducidos al castellano en particular por la editorial Akal (comentado en A. Duplá, «La difícil interpretación de un «aquellarre

2. LA REPÚBLICA ROMANA Y LA PLEBE

En la actualidad se está desarrollando un importante debate en torno a la caracterización de la República romana y al papel de la plebe en la sociedad y la política republicanas en los siglos II y I a.e. Podemos situar el inicio de esa polémica en los trabajos del profesor oxoniense Fergus Millar a partir de mediados de los años ochenta⁷. Millar estudia los diferentes escenarios políticos y, guiado por el análisis constitucional polibiano⁸, se inclina finalmente a admitir un importante elemento democrático en la constitución romana, incluso llegando a afirmar que estamos ante una auténtica democracia⁹. Tales tesis obtuvieron una pronta respuesta, en particular por parte de la historiografía germana, que cuestionaba abiertamente las tesis «democráticas» y, a través de una reevaluación de diversos mecanismos políticos y culturales republicanos, subrayaba precisamente la falta de autonomía de la plebe y su integración más o menos pasiva en un consenso político y social bajo indiscutible hegemonía aristocrática¹⁰. Estos autores no se contentaban con recordar los argumentos conocidos, relativos al funcionamiento concreto de la toma de decisiones comiciales en Roma (unidades de voto, procedimientos de votación, dirección exclusiva del magistrado presidente, imposibilidad de debate, etc.). Frente a la importancia concedida por Millar a las *contiones* como escenario privilegiado de los debates políticos en Roma, donde la plebe podía mostrar sus intereses, opiniones y preferencias, sus críticos intentan demostrar cómo la escasa participación popular y su casi nula representatividad respecto al cuerpo ciudadano total relativizan absolutamente el pretendido alcance democrático de dicha instancia política¹¹. De esa manera, el hecho indudable de la intervención popular en las iniciativas legislativas o en la elección de los magistrados no supondría una reafirmación de una plebe activa y autónoma, cuanto una prueba más del dominio de la *nobilitas* senatorial. Para insistir en sus críticas, en los últimos tiempos estos autores han abordado el estudio, por otra parte de gran interés, de las distintas *pompae* (*triumphales, funebres, circenses*) como espacios donde se reflejaría, de forma ritualizada y convencional, la estructura piramidal y jerarquizada de la sociedad y el cuerpo cívicos romanos y donde se representaría regularmente, de forma pública, el consenso político, social e ideológico dominante en Roma¹².

político»: la revolución romana», *Revista de Historiografía*, Instituto de Historiografía Julio Caro Baroja —n.º 5 III (2006), pp. 36-48—; por otro lado, se alude en el texto al magnífico estudio de P. A. Brunt, *Conflictos sociales en la República romana*, EUDEBA, 1972 (Oxford 1971), recientemente reivindicado por F. Millar en su *The Crowd in Rome in the Late Republic*, The University of Michigan Press, Ann Arbor 2002 (pb), «Preface», X.

⁷ La serie se inicia con «The Political Character of the Classical Roman Republic», *JRS* 74, 1984, pp. 1-19, ahora recogidos en Millar, F., *Rome, the Greek World, and the East*. Vol 1. *The Roman Republic and the Augustan Principate*, ed. by H. M. Cotton and G. M. Rogers, Chapel Hill 2002.

⁸ Polibio, *Historias*, 6.11-18.

⁹ *The Crowd in Rome in the Late Republic*, p. 11, p. 208s.

¹⁰ La primera respuesta articulada, en M. Jehne (Hrsgb.), *Demokratie in Rom? Die Rolle des Volkes in der Politik der römischen Republik*, Steiner, Stuttgart 1995.

Una visión de conjunto de la República, desde una perspectiva crítica con Millar: K.-J. Hölkeskamp, 2004, *Rekonstruktionen einer Republik*, München, Oldenburg 2004.

¹¹ Millar insiste en la importancia de las *contiones* en especial en uno de sus últimos trabajos, *The Crowd in Rome in the Late Republic*. Son particularmente críticos con ese énfasis Hölkeskamp, K.-J., «The Roman Republic: Government of the people, by the people, for the people?», *Scripta Classica Israelica* XIX, 2000, pp. 203-33 (en origen una reseña del volumen citado de Millar); Jehne, M., «Who attended Roman assemblies? On Participation in the Roman Republic», en F. Marco, F. Pina, J. Remesal (eds.), *Repúblicas y ciudadanos: Modelos de participación cívica en el mundo antiguo*, Col. Instrumenta 21, Universitat de Barcelona 2006, pp. 221-34.

¹² Recientemente, H. Beck, 2006, «Züge in die Ewigkeit. Prozessionen durch das republikanische Rom», en F. Marco, F. Pina, J. Remesal (eds.), *Repúblicas y ciudadanos*, pp. 131-50.

El problema es que esas supuestas representaciones rituales del consenso, a partir de finales del siglo II, coexisten con otras manifestaciones que nos hablan de la ruptura del consenso existente y de fuertes enfrentamientos políticos y sociales. En este nuevo contexto, cobra importancia otra vez la actuación de la plebe, sus reivindicaciones, su intervención activa, ciertamente siempre bajo el liderazgo de miembros de la *nobilitas* más sensibles a su situación¹³. Esto nos lleva a una revalorización de ese antagonismo que en las fuentes antiguas aparece reflejado bajo las etiquetas de *optimates* y *populares* y que ha sido, a su vez, objeto de importantes discusiones¹⁴.

Por otra parte, todos los participantes en el debate en curso parecen estar de acuerdo en considerar superadas las interpretaciones prosopográficas de la República romana, dominantes hasta el surgimiento de una historia más social, a partir de los años setenta¹⁵. Sin embargo, en sus críticas a las posiciones de F. Millar, autores como M. Jehne, E. Flaig, H. Beck o K. J. Hölkenskamp, entre otros, parecen atribuir a la plebe una pasividad, una asunción del consenso político y social y una dependencia de la *nobilitas* que, consciente o inconscientemente, coincide en bastante medida con el lugar que los prosopógrafos, con F. Münzer y R. Syme a la cabeza, concedían a la plebe de Roma.

En consecuencia, siguiendo con el debate en curso y con el objetivo de perfilar mejor nuestro conocimiento de la sociedad romana tardorrepública y sus dinámicas políticas¹⁶, es preciso profundizar en el estudio de la plebe romana. De esa manera, podremos aprovechar los resultados de ambos acercamientos, de Millar y sus seguidores, así como los de sus críticos, y superar sus limitaciones. Pues, si los primeros pueden caer en el análisis democrático-formal de ciertas prerrogativas del *populus Romanus*, en clave polibiana, los segundos hipertrofian el alcance de los mecanismos articuladores del consenso y parecen negar los testimonios de las fuentes, que nos hablan de importantes enfrentamientos a partir de los tribunados de los hermanos Tiberio y Cayo Graco.

En este terreno, son interesantes tanto la aportaciones que estudian los aspectos más estrictamente políticos como aquellas que pretenden dibujar un cuadro más completo de la plebe romana en su conjunto, intentando reconstruir, en la medida de la posibilidades, la «cultura» y los «rostros» de la plebe romana.

3. NUEVAS LÍNEAS DE INVESTIGACIÓN DE LA SOCIEDAD ROMANA

La historia social como tal también se encuentra hoy inmersa en un debate acerca de sus presupuestos básicos, sus posibilidades y su estatuto. Del entusiasmo inicial de los años setenta, se ha pasado a una mirada más crítica, estudiando su relación con otras ciencias sociales e intentando delimitar su espacio específico¹⁷. En el caso de la historia de Roma, es lógico que desde un primer momento la época final de la República atrajera el interés de los historiadores sociales, dada la información sobre la plebe y los grupos serviles disponible, más abundante que para otras épocas. Así, encontramos los

¹³ A. Duplá, «Interpretaciones de la crisis tardorepública: Del conflicto social a la articulación del consenso», Actas del XXXI Congreso GIREA, *Studia Historica. Historia Antigua* 25, 2007, pp. 1-17.

¹⁴ De entre una ingente bibliografía: L. Perelli, *I Populares dai Gracchi alla fine della Repubblica*, Torino 1981; A. Suarez Piñeiro, *La crisis de la República romana (133-44 a. C.). La alternativa política de los populares*, Verín-Santiago 2004.

¹⁵ Véase, A. Duplá, «La difícil interpretación de un «aquelarre político»: la revolución romana», *Revista de Historiografía*, Instituto de Historiografía Julio Caro Baroja, n.º 5 III (2006), pp. 36-48.

¹⁶ Uno de los últimos hitos de este debate, en *Studia Historici* 2005, pp. 327-404, con colaboraciones de K. J. Hölkenskamp, J. M. David, A. Yakobson y G. Zecchini.

¹⁷ Véase Cabrera, M. A. (ed.), Dossier «Más allá de la historia social», *Ayer* 62:2, 2006, pp. 9-192.

trabajos pioneros de P.A. Brunt o, en el terreno de la historiografía marxista, los relacionados con el grupo de Besançon¹⁸.

En estos momentos de reconsideración de la historia social, como decíamos, asistimos a una revalorización de los estudios de la plebe, considerada ya no sólo como participante más o menos activa de una dinámica política, sino como grupo social autónomo, con sus propias características y rasgos. Se está abriendo ahora una línea de estudio de lo que un especialista ha denominado la «informal politics of the Roman “mob”» y, por otra parte, de la «cultura» de la plebe¹⁹, que implica una mirada sobre los romanos desde perspectivas distintas a las de la historiografía tradicional, por ejemplo la tradición oral, el mundo de la representación y la musicalidad o las formas de expresión artística «plebeyas»²⁰.

Ciertamente, este tipo de estudio se enfrenta a una serie de problemas particulares.

En primer lugar, si bien es cierto que la agudización de las tensiones sociales en la época tardorrepublicana supone un aumento de las menciones a la plebe, el tono dominante de estas alusiones es de indiferencia, cuando no de desprecio, buscando siempre una distinción entre aquellos sectores de la plebe respetables, buenos ciudadanos, y la masa del populacho, donde se encuentran asalariados y artesanos, y que puede llegar a incluir en esa calificación negativa a esclavos y criminales²¹. Es el discurso dominante en Cicerón, luego también en Tácito, con su famosa diferenciación entre *plebs sordida* y *plebs integra*²². Ese tono despreciativo y hostil es el dominante en la historiografía antigua²³.

En segundo lugar, si pretendemos ir más allá de la presencia de la plebe en las instancias políticas, y reconstruir, en la medida de lo posible, una historia social de la plebe, nos hallamos ante una segunda importante dificultad. Se trata ahora de la necesidad de buscar fuentes no tradicionales. Es decir, rastrear no tanto los historiadores antiguos, cuanto la obra de poetas, biógrafos o anticuarios, donde podemos encontrar consideraciones sobre la vida diaria, ausente en las obras propiamente históricas. En ese sentido, serán autores como Suetonio, Plinio, Petronio, Juvenal u Ovidio, quienes

¹⁸ De Brunt, el ya citado *Conflictos sociales en la República romana*, EUDEBA 1972 y «La plebe romana», en M.I. Finley (ed.), *Estudios sobre historia antigua*, Akal, Madrid 1981, pp. 87-117; los materiales de Besançon, a partir de P. Petit et al., *Colloque d'Histoire sociale 1970* (Paris 1972) y los sucesivos congresos de GIREA.

¹⁹ N. Horsfall, *The Culture of the Roman Plebs*, London 2005; N. Purcell, «Rome and the plebs urbana», en J. A. Crook, A. Lintott, E. Rawson (eds.), *The Last Age of the Roman Republic 146-43 B.C.*, CAH IX² 1994, pp. 644-88.

²⁰ Sobre este último aspecto, véase J. R. Clarke, *Art in lives of ordinary Romans: visual representations and non-elite viewers in Italy 100 B.C.-A.D. 315*, Berkeley - U. of California Press, 2003 (reseñado por M. Roller en BMCR 2005, 04.68).

²¹ Cic. *de off.* 1.150-1: *neque quicquam ingenuum habere potest officina (un taller no tiene nada digno de un hombre libre —trad. de J. Guillén—)*.

²² Tac. *Hist.* 1.14: *pars populi integra et magnis domibus adnexa, clientes libertique damnatorum et exulum in spem erecti: plebs sordida et circo ac theatris sueta, simul deterrimi servorum (la parte del pueblo que se había mantenido sana y ligada a las grandes casas, los clientes y los*

libertos de los condenados y desterrados, sintieron renacer su esperanza. La plebe vil, hecha al circo y a los teatros, así como los peores de los esclavos —trad. de J. L. Moralejo—); para Purcell, este análisis taciteo es claramente más ético que demográfico («Rome and the plebs urbana», CAH, p. 657).

²³ Es evidente al respecto el doble lenguaje de Cicerón, en función del público oyente: Cic., *domo* 89: *O speciem dignitatemque populi Romani, quam reges, quam nationes exterae, quam gentes ultimae pertimescant, multitudinem hominum ex servis, ex conductis, ex facinerosis, ex egentibus hominum congregatam! (¿Qué noble imagen la del pueblo romano, ante la cual posiblemente temblarán los reyes, las naciones extranjeras y los pueblos más alejados: una muchedumbre de esclavos, mercenarios, criminales y miserables! —trad. de J.M. Baños, BCG 195—)*; Horsfall dedica al Arpinate un capítulo específico sobre el tema, con referencia explícita a su hipocresía. Los autores antiguos reflejan la que sería, presumiblemente, la actitud dominante en la aristocracia romana ante el pueblo. Recordeemos el episodio recogido en Valerio Máximo (6.2.3), a propósito de las palabras de Escipión Emiliano sobre la plebe reunida en el foro: Italia era su madrastra (*taceant inquit quibus Italia noverca est*).

nos proporcionen más información si queremos saber cómo vivían y sobrevivían, cómo se divertían o cómo trabajaban los habitantes de Roma no pertenecientes a la elite de la Urbe.

En tercer lugar, y en concreto en relación con la época tardorrepública, debemos tener en cuenta los riesgos de la distorsión geográfica y cronológica, pues buena parte de la información corresponde a épocas posteriores. Dada la importante continuidad en muchos usos sociales y culturales, es lícita la extrapolación a momentos anteriores, pero la observación es obligada. Un ejemplo notable lo constituye la información contenida en los padres de la Iglesia contra el teatro, el circo o las distintas distracciones de la plebe, que nos permiten aplicar esa información a las centurias precedentes, incluso las republicanas, dada la continuidad atestiguada de dichos usos sociales.

En cuarto lugar, las dificultades de una definición precisa de la *plebs* y de una cultura de la plebe vienen dadas por su propia heterogeneidad. La plebe como tal grupo social, es decir como los habitantes de Roma no pertenecientes a los *ordines* superiores, encierra una gran variedad de estatutos, situaciones sociales, lugares de residencia, vestimenta, lenguajes o acentos. Las referencias en autores antiguos a *universus populus*, *tota plebs*, etc., constituyen generalizaciones abusivas, generalmente interesadas²⁴. Muchas de estas referencias a los habitantes de Roma son excesivamente genéricas, sin distinguir entre la plebe y los *libertini*, esclavos y *peregrini*. Posiblemente, los miembros de la plebe en cuanto individuos se hallaban inmersos en una red de relaciones sociales fluidas y cambiantes. Un especialista lo ha expresado de forma muy clara: «Monday's rioter was Tuesday's voter. Tuesday's voter was Thursday's theatregoer. Not necessarily with the same friends and loyalties in each context»²⁵.

Finalmente, el estudio social de la plebe romana obliga a una consideración de las condiciones concretas de vida en la ciudad, asumiendo que se trata de una de las mayores aglomeraciones urbanas conocidas de época preindustrial. Se ha apuntado que es necesario un modelo para una historia social de la ciudad, caracterizado por la movilidad de los individuos y la fluidez y mutabilidad de los grupos sociales; que preste atención a cuestiones como la insalubridad y los altos índices de mortalidad, compensadas, como en todas las ciudades preindustriales, por un constante flujo inmigratorio; donde la pobreza presumiblemente no fuera estable, pues la supervivencia implicaría la mejora social, dadas las posibilidades de movilidad social existentes²⁶. Este modelo presupone también una nueva visión de la propia ciudad de Roma. Si autores como Coarelli o Zanker han impulsado una a modo de «topografía política», buscando una complementariedad entre la información arqueológica de los espacios políticos y la proporcionada por las fuentes literarias, se trata ahora de un acercamiento relativo a la vida social de la plebe. En este terreno, se ha insistido en la centralidad de la *taberna* en dicha vida social, como centro de actividad y redistribución y elemento fundamental en la sociabilidad de la plebe: como taller artesanal, como establecimiento de compra-venta, como punto de venta de comida preparada, etc. Si a partir de la información epigráfica conocemos más de ciento sesenta trabajos distintos, su actividad se desarrollaba en lo fundamental en las *tabernae*, desde las de alto standing, con productos de lujo, en la *via Sacra* en Roma²⁷ a las más humildes en la Subura. Este «*taberna-world*», en términos de Purcell²⁸, implica un importante crecimiento de la ciudad y se asocia a otros fenómenos paralelos que afectan a la plebe, como son los cambios en la dieta de

²⁴ Cic., *In Pis.*, 7, *populus Romanus universus*; cf. Cic. *Manil.* 44; *de leg. agr.* 2.4; etc. En general, se trata de referencias retóricas, sin relación con la realidad concreta del foro o el Campo de Marte.

²⁵ Horsfall, *The Culture of the Roman Plebs*, p. 27.

²⁶ Purcell, «Rome and the plebs urbana», *CAH*, p. 650ss.

²⁷ Relacionado con el aumento del comercio de productos suntuarios en el Mediterráneo desde el siglo VI a.e.; cf. el caso famoso de Capua (*Asc. In Pis.*, 10C).

²⁸ «Rome and the plebs urbana», *CAH*, p. 668.

la población urbana de Roma, con más pan de más calidad y vino, y los cambios en la edificación, con la aparición de edificios de varios pisos (*insulae*). Este mundo de los *tabernarii*, asociados en las últimas décadas de la República a la conflictividad de la época²⁹, es despreciado por la elite, pero al mismo, como nos muestra la correspondencia ciceroniana en una clara muestra de hipocresía, forma parte de sus inversiones³⁰.

Una frase de N. Purcell, en un reciente e imprescindible trabajo de síntesis, resume bien el mundo de los habitantes de Roma: «Work, membership of the taberna-world, was one of the ways in which a person aspire to a social niche. Employment was a form of social inclusion. The relationships of the taberna and the insula, of the tomb-relief and the collegium, of the familia and the neighbourhood, has their final counterpart in the comitia, the contio and the riot»³¹.

4. DEFINIENDO LOS ROSTROS DE LA PLEBE

Frente al tópico de Juvenal, que asocia la plebe exclusivamente a las *frumentationes* y al circo, en un ejercicio de prejuicios, esnobismo y retórica ni siquiera original³², cabe ir más allá e intentar dibujar una imagen más rica y matizada de la plebe romana.

Es evidente que se trata de una plebe con importante participación política, siendo las *contiones* un lugar privilegiado para proceder a debates y discusiones sobre campañas y candidatos electorales, proyectos de ley o decisiones de trascendencia³³. Pero además, sabemos de una importante actividad organizativa de la plebe, a partir de textos como el *Commentariolum petitionis*, donde se hace referencia a los *comitia tributa*, pero también a *contiones*, *pagi* y *vici*, con sus líderes específicos (*principes*)³⁴. Es interesante lo que esto implica de una importante tendencia asociativa plebeya, de una sociabilidad encuadrada en numerosas organizaciones, como protección frente a una ciudad enorme y anónima. Estas agrupaciones plebeyas, importantes para entender de forma cabal la dinámica política y social de la tardía República, constituirían un instrumento de autoorganización y autodefensa³⁵. Así aparece, por ejemplo, en el caso del *vicus* creado para sostener el culto a *Stata Mater*, una estatua

²⁹ En las últimas décadas republicanas los *tabernarii* se identifican con la plebe urbana, con frecuencia asociados a noticias de cierres y boicots a reuniones políticas o tribunales. Vid. Cic., *domo* 89: *quem tu tamen populum nisi tabernis clausis frequentare non poteris* (un pueblo al que, pese a todo, no eras capaz de reunir si no era cerrando las tiendas —trad. de J.M. Baños, BCG 195—).

³⁰ Cicerón (*Att.* 14.9.1) muestra su preocupación por sus inmuebles en Puteoli: *tabernae mihi duae corruerunt reliquaeque rimas agunt* (se me han derrumbado dos tiendas y las demás tienen grietas —trad. de J.M. Rodríguez-Pantoja, BCG 224—).

³¹ «Rome and the plebs urbana», *CAH*, 673.

³² *Juv. Sat.*, 10.80: *nam qui dabat olim imperium, fasces, legiones, omnia, nunc se continet atque duas tantum res anxius optat, panem et circenses*; en traducción de F. Socas: *y es que el que otorgaba antaño generalatos, insignias, legiones, todo, ahora se retrae y ansioso no pide más que dos cosas, pan y carreras de caballos* (Madrid, Alianza, 1996). Según Horsfall, el comentario se podría remontar

al Egipto ptolemaico, a propósito de la población urbana de Alejandría (*The Culture of the Roman Plebs*, p. 28).

³³ Vid. supra, n. 11. Sobre las *contiones* en general, F. Pina Polo, *Las contiones civiles y militares en Roma*, Zaragoza 1989.

³⁴ *Comm. pet.*, 30: *Deinde habeto rationem urbis totius, collegiorum omnium, pagorum, vicinatum; ex his principes a amicitiam tuam si adiunxeris, per eos reliquam multitudinem facile tenebis*; Luego, ocúpate de la ciudad entera, de todas sus corporaciones, aldeas y barrios. Si atraes a tu amistad a sus principales, a su través contarás fácilmente con el resto de la multitud (traducción de G. Fatás en A. Duplá, G. Fatás, F. Pina, *El manual del candidato de Quinto Cicerón. (El Commentariolum petitionis)*, Servicio Editorial Universidad del País Vasco, 1990). *Vici*, *montes*, *pagi*, son ámbitos revalorizados permanentemente en s. I a.e., según testimonios epigráficos.

³⁵ En ese sentido las reivindica P. López Barja de Quiroga, 2004, «Formaciones sociales de clase en la República tardía», *Athenaeum* XCII.2, pp. 509-18.

indemne tras un devastador fuego a comienzos del siglo. I a.e., culto que probablemente incluiría no sólo a la plebe, sino en general a la población «baja» de Roma³⁶.

Esta plebe incluso escribe sus reivindicaciones en *porticus, muri* y *monumenta* y tiene sus mártires, a quienes dedica lugares, que cuida a modo de auténticos «lugares de la memoria». Es el caso de los Graco y los lugares donde cayeron y también de Mario Gratidiano, a quien las tribus, en una decisión sin precedentes, deciden dedicar estatuas en todos los *vici* de la ciudad³⁷. Los lugares de la memoria plebeyos en sentido amplio se relacionan con el *Comitium*, donde los tribunos tenían sus bancos específicos (*subsellium*), al aire libre, junto a la curia, en un lugar emblemático, cerca de la *carcer*, del *aerarium*, incluso de la roca Tarpeia³⁸; más tarde, cuando, por problemas de espacio, el centro político se traslada al Foro, presumiblemente las contiones también se celebrarían allí y, desde mediados del siglo II a.e., los tribunos comienzan a dirigirse al pueblo también vueltos hacia el foro, dando la espalda a la curia³⁹. Lógicamente, desde la más temprana historia republicana, un lugar privilegiado de la plebe era el Aventino, donde se situaba el templo de la triada plebeya Ceres, Liber y Libera⁴⁰.

Esta plebe, y en parte el conjunto de la población popular de Roma, participa también de la redistribución de los beneficios de la conquista. En ese sentido, la población urbana de Roma es privilegiada frente a la de otras ciudades. Éste es un elemento clave en la relación elite-plebe y, presumiblemente, un factor que compensaría todas las dificultades y miserias de la vida en Roma. Entran en este capítulo desde los repartos en los triunfos hasta la integración de la plebe en los ámbitos hasta entonces reservados a los ricos que permite la nueva arquitectura pública (baños públicos, anfiteatros, teatros, etc.). Se trata de una arquitectura monumental cada vez más lujosa, destinada a ese recepción pública; el gran teatro permanente de Pompeyo, construido en el 55 a.e. con un templo y un gran pórtico adyacente, representa un punto de inflexión. Cobran una importancia creciente en este contexto los *ludi* y ocasiones como las comidas colectivas públicas, generalmente formando parte de *ludi* y con connotaciones religiosas⁴¹.

Como comentábamos antes, la taberna es otro elemento central en la vida de la plebe urbana. En la vida cotidiana los habitantes de Roma trabajan, compran y comen en las numerosas *tabernae*

³⁶ Fest. 317L: *Statae Matris simulacrum in Foro colebatur; postquam id Cotta stravit, ne lapides igne corrumperebantur, qui plurimif ibi fiebat nocturno tempore, magna pars populi in suos quique u<i>cos rettulerunt ei<u>s deae cultum*. Lo destaca Purcell, «Rome and the plebs urbana», *CAH*, p. 676s.

³⁷ Sobre los Graco: Plut. *Graco* 8; sobre Mario Gratidiano y la decisión de las tribus: Plin. *N.H.* 33,132; 34,27. Conocemos también algunos líderes plebeyos no aristócratas, como el *dissignator* Decumus, supuesto partidario de Claudio, organizador de una compañía de cantantes en griego, con sus propios oficiales, patrón y un sepulcro común en la periferia de la ciudad (*ILLRP* 771); cf Cic., *domo* 89: *cui populo duces Lentidios, Lollios, Plaguleios, Sergios praefecerat*; conocemos también los casos de individuos que reivindican ancestros prestigiosos para labrar su propia carrera política con la plebe: el falso hijo de T. Graco (Val. Max. 3.2.18; 3.8.6; 9.7.1; 9.15.1; el falso nieto de Mario (Val. Max. 9.15.1).

³⁸ Liv. 42.33: *ad subsellia tribunorum res agebatur (el examen del caso tenía lugar ante los bancos de los tribunos* —trad. de J. A. Villar Vidal, BCG 192).

³⁹ Según Cicerón (*de amic.* 96), el primero en hacerlo fue supuestamente L. Licinio Craso: *atque is primus instituit in forum versus agere cum populo* (y él, el primero, instituyó tratar vuelto hacia el foro con el pueblo —trad. de J. Pimentel, BSCRM—).

⁴⁰ Sobre el tema, L. Thommen, «Les lieux de la plebe et de ses tribuns dans la Rome républicaine», *Klio* 77, 1995, pp. 358-70. El punto de partida conceptual en torno a los «lugares de memoria» se remonta a P. Nora (ed.), *Les Lieux de Mémoire*, Paris 1997.

⁴¹ A la muerte de César la plebe romana disfrutaba de 59 días de grandes *ludi* al año. Sobre los banquetes públicos, se atribuía a Paulo Emilio un famoso dicho (Liv. 45.32.11; cf. Pol. 30.14): *uulgo dictum ipsius ferebant et conuiuium instruere et ludos parare eiusdem esse, qui uincere bello sciret (El que sabe vencer en una guerra, también sabe preparar un banquete y organizar unos juegos* —trad. de J. A. Villar Vidal, BCG 192).

de la ciudad. El cuadro que nos presenta Livio, en principio relativo a Tusculum, es perfectamente aplicable a Roma:

*Camilo entró en la ciudad, donde vio abiertas las puertas de las casas y las tiendas con todo su contenido expuesto a la vista de todo el mundo, y los artesanos concentrados cada uno en su trabajo, y las escuelas resonando con las voces de sus alumnos, así como las callejuelas llenas de gente*⁴².

En ese cuadro podemos incluir otro elemento que enriquece nuestra imagen de la plebe. A partir de testimonios posteriores, es posible deducir otro aspecto hasta ahora no considerado por los estudiosos. Se trata de la costumbre de la plebe romana de cantar mientras trabajaba, que hace decir a Horsfall que el romano era un pueblo notablemente musical, que cantaba y bailaba⁴³. Así se evidencia en las requisitorias tardías contra los monjes que entonan cantos de trabajo o taberna, en lugar de cantar textos piadosos y cristianos, testimonios aplicables a otras épocas, según confirman noticias en el *Satiricón* y otros textos⁴⁴. En numerosos casos, se trataría de canciones originarias de pantomimas o artistas callejeros, de contenido contemporáneo y con intención satírica.

Y junto a las ocupaciones laborales, también es posible comentar algo del ocio, no sólo del entusiasmo con el que la plebe acude al teatro y a otros espectáculos, aspecto éste más conocido⁴⁵. Es el caso de las referencias a la plebe que va de «pic-nic» al Campo de Marte cuando la fiesta de Anna Perenna, en los idus de marzo, donde cantan lo que han aprendido en el teatro y dan palmas para seguir el ritmo⁴⁶.

Pero esta plebe ávida de distracciones y espectáculo, es también un sector de la población, ciertamente no sabemos quiénes ni cuántos, interesada en la historia, según el conocido paso ciceroniano⁴⁷. Incluso, cabe pensar en la plebe, en sus sectores más ilustrados, como destinataria de la literatura anticuaria, a juzgar por las referencias contenidas en la *Praefatio* de la *Historia Natural* de Plinio⁴⁸.

En el terreno religioso, también cabe pensar en una plebe con sus preferencias particulares, por ejemplo por las religiones orientales, a juzgar por los incidentes protagonizados por la plebe, en las *kalendas* de enero del 58, contra la decisión senatorial de destruir los altares dedicados a Isis, Sérapis, Harpócrates y Anubis⁴⁹. Es posible que la acción pueda enmarcarse en la actividad política de Clodio y su lugarteniente Sexto Cloelio y, por tanto, tener también una motivación política coyuntural, pero ello no anula el valor del dato y el protagonismo de la plebe.

⁴² Liv. 6.25.9: *ingressus urbem ubi patentes ianuas et tabernas apertis proposita omnia in medio uidit intentosque opifices suo quemque operi et ludos litterarum strepere discentium uocibus ac repletas semitas* (la traducción citada es de J.A. Villar Vidal, BCG 145); «escuelas» por *ludos litterarum* puede ser equívoco, por el sentido moderno del término; Purcell («Rome and the plebs urbana», *CAH*, 659), más literal, prefiere «learning games».

⁴³ Horsfall, *The Culture of the Roman Plebs*, cap.3, con un apéndice con testimonios específicos.

⁴⁴ Petron. *Satyr.*, 31.4 ss.

⁴⁵ N. Purcell, «Rome and its development under Augustus and his successors», *The Augustan Empire 44 B.C. - 77 A.D.*, *CAH* X², pp. 782-810.

⁴⁶ Ovid., *Fasti*, 3, 523-42 (*illic et cantant quicquid didicere theatri, et iactant faciles ad sua verba manus*). Lo comenta Horsfall (*The Culture of the Roman Plebs*, p. 12).

⁴⁷ Cic. De fin. 5.52: *quid, quod homines infima fortuna, nulla spe rerum gerendarum, opifices denique delectantur historia?* (Y ¿por qué hombres de ínfima condición, que no tienen esperanza alguna en tomar parte en los asuntos públicos, incluso los artesanos, se deleitan en la historia? —trad. de V. J. Herrero, BCG 101—)

⁴⁸ Plan., *N.H.*, *Praef.* 6: *humili vulgo scripta sunt. Agricoliarum, opificum turbae* (está escrito para la gente vulgar, para una masa de campesinos, de obreros...).

⁴⁹ Tertul., *ad nationes* 1.10: *Ceterum Serapem et Isidem et Arpocraten et Anubem prohibitos Capitolio Varro commemorat* (eorumque aras) *a senatu deiectas non nisi per uim popularium restructas* (Además, Varrón dice que a Sérapis, Isis, Harpócrates y Anubis se les excluyó del Capitolio, y que sus (altares), derribados por el senado, fueron restablecidos sólo por la violenta intervención del pueblo —trad. de C. Castillo, BCG 285—).

El breve recorrido anterior no tenía otro objetivo sino mostrar cómo tendencias recientes de la investigación intentan presentar una imagen más completa de la plebe romana. Los especialistas son conscientes de las dificultades y limitaciones de las fuentes, como se ha apuntado anteriormente, pero también de la ampliación de la perspectiva que supone recurrir a informaciones y metodologías renovadoras. La información de los historiadores debe completarse con la de poetas, biógrafos y anticuarios, las fuentes literarias deben cruzarse con la epigrafía y la arqueología urbana.

El cuadro resultante no es, desde luego, el de una plebe democrática, no podría serlo, pero tampoco el de una masa amorfa y pasiva, manipulada por los líderes aristocráticos al precio del manido *panem et circenses*. Como podemos leer en el importante trabajo de Purcell en la reciente edición de la CAH, esta plebe es autónoma en numerosas de sus manifestaciones, precisamente por la conciencia de su precariedad y marginalidad.

Es probable que, dadas las limitaciones de las fuentes, en no pocas ocasiones no se pueda ir más allá de un método impresionista, centrado en la descripción más detallada de algunos casos y personajes. No es posible avanzar demasiado en nuestro dibujo de los «rostros» de la plebe romana. En ese sentido, en el caso de la historia tardorrepública, será difícil proceder a una «rudificación», esto es a poder deducir, a partir de los datos individuales, procesos y comportamientos colectivos en un determinado lapso de tiempo⁵⁰. No obstante, y precisamente por las características específicas de la época final de la República, cabe establecer en ciertas situaciones líneas de continuidad y conclusiones más generales. Así, un planteamiento que intente situar las informaciones concretas en su contexto histórico a lo largo del periodo tardorrepúblico, además de evitar caer en la sociología histórica, nos permitirá conocer mejor la dinámica política y social de la época, a través de un elemento central como fue la plebe romana.

ANTONIO DUPLÁ ANSUATEGUI
Departamento de Estudios Clásicos
Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea

⁵⁰ El término «rudificación» proviene de la crítica aparecida en *The Times Literary Supplement* (30.12.1965) a la obra de Rudé *La multitud en la historia*. El propio Rudé piensa que el autor de la misma pudo ser su cole-

ga y amigo, el historiador Richard Cobb (en «El rostro de la multitud», ed. H. J. Kaye, Valencia 2003, p. 118s. —véase *supra* n.3—).